

RESEÑAS

**Javier Flax, *Política Científica, interdisciplina y derechos humanos*,
2ª. ed., Buenos Aires: Biblos, 2015, ISBN: 978-987-691-249-5
(Santiago Polop)**

La tecnología es, a vistas de quien quiera notarlo, el tópico inmediato a tematizar establecida la humanidad del hombre. No hay hombre sin tecnología. La filosofía del siglo XX versó, en su gran mayoría, en una larga reflexión sobre la técnica, la tecnología, sus consecuencias, sus alcances, sus luces y sus penumbras, su apropiación democrática o su auto-legislación. Jünger, Heidegger, Ortega y Gasset, Adorno, Horkheimer, Fromm, Voloshinov, Althusser, Foucault. La lista es demasiado larga, porque la reflexión en torno a la tecnología despliega invariablemente la sombra omniabarcadora de su acontecer sobre el ser, su determinación interactiva con lo humano y su armonía cada vez mayor, con el consecuente espanto que produce -y ha producido- toda vez que su devenir se ha sustraído de la participación colectiva y ha quedado en manos de las minorías científicas apoyadas por las aún menores minorías económicas.

Javier Flax asume el desafío de reflexionar filosóficamente sobre el acontecer científico en el libro en cuestión: *Política científica, interdisciplina y derechos humanos*. Abordar las temáticas que menciona el título desde un punto de vista filosófico es un desafío, porque el propio desarrollo tecnológico, bajo la hegemonía de la ideología del neoliberalismo, resiste ser pensado, excluye la meta-reflexión sobre sus supuestos, su organización, su distribución y su papel para alcanzar, con su mediación, la emancipación de los pueblos, es decir, liberar a las mayorías del sufrimiento por sus penurias para satisfacer estándares mínimos de calidad de vida. De este modo, indagar sobre los

presupuestos de la “cientificidad” es hacerlo sobre la representación compleja que tiene el propio conocimiento de sí mismo y, no en menor medida, su articulación con el entorno. De lo que se trata, en definitiva, es de pensar el *factum* de la política científica en su devenir, en su reconstrucción interna y externa, de modo de que la reflexión epistemológica no se transforme en una justificación endogámica. Desandar los caminos de construcción del conocimiento científico, de la tecnología y de su vínculo indisociable con la posibilidad de aproximar los horizontes de los derechos humanos de modo filosófico supone, además, romper con cualquier pretensión de la filosofía para *bellas almas*. Flax no duda en posicionar la discusión en el ámbito de la decisión, la cual no puede imaginarse como efectuada por sujetos ajenos al tipo de configuración del conocimiento y del poder. Este *decisionismo epistémico* es saludable y recibe un tratamiento gráfico en las problemáticas *in situ* abordadas a lo largo del texto.

Flax desenvuelve minuciosamente desde el primer capítulo la trama de la interrelación entre ciencia, ideología y poder con un recurso implacable: la contundencia del caso. El tratamiento del mismo sigue aquello que se profesa, a saber, la deconstrucción dialéctica de lo que se auto-postula (por la “comunidad científica” o por los intereses de los poderes de turno) como una abstracción, una emergencia aséptica. La puesta en cuestión del efecto posibilita reconstruir sus causas, en tanto se asuma un tipo de reconstrucción compleja y no limitada a encierros dogmáticos disciplinares. Exigir de los hechos el develamiento de sus omisiones requiere un posicionamiento crítico frente a lo real. Flax no admite concesiones al respecto. Tramar un conocimiento en el marco de un conjunto de decisiones sobre la vida no puede dejar lugar para asepsias metodológicas, salvo que estas abusen de su ingenuidad o de su complicidad.

La inserción en un marco de investigación y análisis, a partir de una concepción crítica del *valor de cambio* de la tecnología en los sistemas neoliberales, supone una partición, un principio de diferencia en relación a lo que radicalmente se incluye y se excluye. Flax traduce este ideario en la expresión corporizada de las políticas científicas en Argentina durante los últimos años y posibilita una discusión crítica y fundamentada de los aciertos y los desfases, de las expresiones que desafían la lógica neoliberal y que piensan

un proyecto científico tecnológico nacional con características inclusivas, así como de las deudas y los límites que comporta en un sistema global que no admite mayores experimentos con la tecnología. El capítulo 3 -dedicado a la contraposición entre el derecho de patentes y su lógica privatista, y la democratización del conocimiento y de las bondades de la tecnología para la vida humana- da cuenta de la importancia de insertar una problemática, en apariencia restringida, en su totalidad compleja. El acceso al conocimiento, el provecho de los avances científicos que beneficiarían a la humanidad, se encuentra jaqueado por la lógica de la mercancía, que acorrala expresiones políticas y científicas que trabajen en contrario. La crítica a la economía política que subyace a la ciencia no puede ser omitida. De allí que Flax recurra aquí a dos de sus ámbitos en los que claramente se desenvuelve con soltura: la economía y el derecho. Y es en esta confluencia en donde se corrobora, además, la interdisciplina, en llamamiento del autor a la observación de la imperiosa necesidad de evitar recortes de sentido y de abordaje a problemáticas con demasiadas aristas para ser reducidas. La reducción, el reduccionismo, tal vez sea una de las claves del neoliberalismo para hacerse del control jurídico, económico, político y científico de la tecnología. Frente a ello, afirma Flax, debe instrumentarse la distinción entre las patentes de productos que hacen a la vida y a la vida digna, de aquellas que hacen al confort: “Si las patentes se basan en un acervo de conocimientos previos, mayormente públicos y resultados del financiamiento público, no debería admitirse que se establezca un monopolio sobre saberes a los que pueden llegar diferentes investigadores o equipos de investigación, sólo porque uno llegó primero” (p. 88).

En tren de esta labor de inserción en la complejidad de aquello que, intencionalmente o no, aparece en su singularidad, Javier Flax recurre a un método de investigación en las ciencias humanas nunca bien ponderado, fundamentalmente por el papel absorbente y reductor de la tradición galileana. Se trata de la abducción. Este método, impulsado en la academia por Charles S. Peirce (y extra-academia por dos famosos -y ficticiales- detectives, uno inglés, alojado en Baker Street, y otro norteamericano, proveniente de la pluma penumbrosa de Edgar A. Poe), no es usualmente ni siquiera mencionado por los libros de epistemología. Este tipo de inferencia apela a elementos que el

positivismo científico jamás estaría dispuesto a asumir como elementos claves de una investigación, tales como la herencia cognoscitiva del investigador y de la presencia *anterior* de esos elementos en la mente del mismo. Esta lectura del acto del conocimiento y de los sujetos involucrados diluye la clásica partición sujeto-objeto al dar la idea de devenir, de proceso pleno de herencias y de capacidades heurísticas que habitan en la imaginación de quien aborda el problema. No se trata, sin embargo, de avenirse al “eurekismo”, a la búsqueda de la mente genial, sino a la intervención de las hipótesis científicas concebibles e inconcebibles hasta dar con aquella que resiste el examen de sus consecuencias experimentales. Esta metodología no sólo recupera una tradición que la ciencia positiva difícilmente acepta, como lo es la imaginación y la reconstrucción minuciosa partiendo de la visión retrospectiva del efecto, sino que además tiende a democratizar la posibilidad de intervenir en la construcción de conocimiento científico: “Nuestro punto es que la abducción no requiere necesariamente de un genio especial, sino que es suficiente una inteligencia promedio recurriendo a un método combinatorio de construir configuraciones más allá del sentido común establecido” (p. 122).

En función de lo anterior, no es extraño que Flax emprenda, recién en el capítulo 5, una “historia de las ciencias”: hacerlo sin las anticipaciones previas supondría recaer en aquello que se viene señalando críticamente, a saber, la reconstrucción interna del conocimiento científico. Enajenar el saber de las ciencias del proceso cultural de su constitución, afirma el autor, hace suponer que ésta pueda existir sin interferencias ni distorsiones de la cosmovisión dominante. Abundan ejemplos históricos en el texto, una sana costumbre en las páginas del libro. En las tensiones que habita hoy la ciencia, tal vez la mayor de todas sea la intentona incesante por convertirla en mercancía. De este modo debe ser comprendido, señala Flax, que “el motor de la historia contemporánea de la ciencia no se halla en las motivaciones teóricas de los sujetos que hacen ciencia, sino que estas motivaciones genuinas sólo pueden realizarse en el marco de las políticas científicas que no queden libradas al mercado” (p. 139).

A esa necesidad de la evidencia experimental del conocimiento científico se dedica el capítulo 6. Los elementos que hasta allí se han brindado al lector permiten acompañar un estudio de caso tan caro a nuestro acontecer histórico

como lo es el sistema productivo agrario de la Argentina y de sus espejos regionales. Abordar esta temática requiere de recursos que no pueden reducirse a la parcelación disciplinar, sino que, muy por el contrario, deben ser atravesados por la investigación interdisciplinaria. Como bien se aclara, pace Rolando García, la interdisciplina no es un tipo de acceso “generalista”, sino el trabajo común desde disciplinas bien constituidas. Un objeto de estudio social, cualquiera sea, difícilmente pueda ser abarcado por una única perspectiva, salvo que, como se dijo, se realice desde un lugar de cierta soberbia epistémica o de peligrosa ignorancia respecto a los resultados de no someter a una discusión democrática los saberes que involucra.

Finalmente, en el capítulo 7, Flax se dirige específicamente a las ciencias sociales. Retoma allí la vieja y siempre renovada disputa entre las perspectivas *naturalistas* y las *comprehensivistas*, entre el enfoque del monismo y del pluralismo metodológico. La elección de uno u otro responde a marcos de comprensión que exceden al propio objeto y que, como queda dicho en el libro, requiere una visión de totalidad de los intereses y cosmovisiones que rodean al sujeto-objeto (y diluyen esta relación hasta identificar los términos). Avanzar en un conocimiento social serio -democrático, plural, intersubjetivo y sensible- sólo es posible si la ciencia es tenida por una herramienta de emancipación de aquello que afecta la dignidad humana en cualquiera de sus formas, lo que exige discutir supuestos e intereses en juego y los propios criterios de validación del conocimiento. Clarificar los supuestos valorativos que constituyen el marco epistémico, concluye Flax, es una urgencia de época. Una época que demanda posicionamientos críticos ante los poderes que incurren en la privatización y elitización de los saberes.

El conocimiento es también una disputa epistémica en sí mismo. Javier Flax invita a la reflexión desde el primer momento, construyendo con el lector un camino de reconocimiento y de democratización del saber. En definitiva, el libro *Política científica, interdisciplina y derechos humanos* es un saludable y necesario aporte a la visión crítica del conocimiento existente, del invisibilizado, y del por venir. Hecho esto desde la reconstrucción seria y fundamentada de los *supuestos ausentes*, y en la expectativa de que cualquier perspectiva que pretenda la democratización del conocimiento y de la tecnología requiere poner a la luz para avanzar en las vías de la emancipación humana.

**Gustavo Ortiz, *América Latina ¿Una modernidad diferente?*,
Córdoba: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2013,
360 págs., ISBN 978-987-626-218-7
(Guillermo Recanatí)**

Esta obra es el producto de una recopilación de escritos que fueron redactados en diversas circunstancias y con diferentes fines, por lo cual, su lectura reviste cierta dificultad. No obstante, más allá de tales diferencias, los textos poseen como eje transversal, a saber: la pregunta por la *modernidad*. Los mismos son el resultado de un proyecto de investigación en el que el autor ha trabajado durante años.

Una primera aclaración básica que destaca el filósofo a fin de que, en la lectura del libro, lector y autor se encuentren en la misma sintonía, tiene que ver con la necesidad de coincidir en la idea de que la modernidad es una realidad presente en nuestro sub-continente, la cual posee uno o muchos rostros latinoamericanos.

Además, la labor investigativa de Ortiz se ha desarrollado a partir de algunos supuestos e hipótesis subyacentes en el mencionado proyecto. Un primer supuesto es que dicha investigación asume críticamente el pensamiento de Habermas, quien, a su vez, retoma y amplía los análisis de Weber acerca de la constitución de la modernidad europea. Una segunda suposición es que, si bien la modernidad europea resulta una referencia obligada, existen otros modos de darse, como es el caso de la/s modernidad/des latinoamericana/s.

El autor se inclina desde el comienzo por una noción de modernidad comprendida como proceso histórico que se desarrolla de una manera particular según el lugar, la/s cultura/s, las relaciones sociales, las circunstancias, etcétera. Por lo tanto, estaríamos frente a un fenómeno plural y complejo que merece un estudio interdisciplinario que tenga en cuenta los diferentes factores que confluyen en dicho proceso. En América Latina nos encontramos, de hecho, con una concreción de la modernidad diferente de otras que se han llevado a cabo en diversas regiones del mundo. Ahora bien, la pregunta por *nuestra modernidad* resulta relevante para el filósofo cordobés, ya que nos ayuda en el auto-esclarecimiento de los actores sociales, en la constitución de la propia identidad socio-cultural, en la integración de las

instituciones y en las estrategias de desarrollo regional a nivel nacional e internacional.

Además de los mencionados supuestos, Ortiz expone dos hipótesis procedimentales para tener en cuenta en la lectura de esta obra. En primer lugar, la idea de que la cuestión de la modernidad latinoamericana puede abordarse a partir del análisis de los textos que reflejan al respecto las diferentes perspectivas tanto filosóficas como sociológicas; en segundo lugar, entiende que tal problemática se puede ver reflejada de modo particular en los procesos políticos, en las expresiones religiosas, en la manera de organizarse los Estados, en las prácticas educativas y científicas y en la actividad económica.

Existe, para el autor, una racionalidad propia de América Latina, la cual le ha ido dando forma a las acciones y relaciones sociales desde la época de la colonización española. El pensamiento que ha analizado y tematizado esta racionalidad y tales acciones sociales es un pensamiento auténticamente filosófico. La razón filosófica, entiende Ortiz, es universal, aunque históricamente situada, y tal historicidad puede ser objeto de estudio de las ciencias sociales. Es por eso que, atendiendo a tal universalidad, toma como referencia a diferentes filósofos (incluso europeos) para pensar lo latinoamericano. Este recurso a pensadores del “centro” para pensar desde la “periferia” fue una de las críticas planteadas a Ortiz en su momento.

Frente a quienes consideran que el proceso histórico hacia la modernidad ha sido el mismo en Europa y en Latinoamérica, el autor expresa que el modelo de racionalidad teleológica que se desarrolló en Europa, Estados Unidos y en los demás países capitalistas no tuvo en América Latina la misma intensidad. Nuestro Sub-Continente careció del avance tecnológico y científico que se dio en los países desarrollados, movidos por el impulso de un capitalismo de impronta imperialista. A aquellos que enfatizan en una “auténtica” identidad latinoamericana perteneciente a los pueblos originarios o a los sectores populares, Ortiz responde que no debemos olvidar que tales identidades son siempre constructos históricos y que en América Latina se ha dado un histórico entrelazamiento entre las culturas de los pueblos originarios y de aquellos que han pasado por la modernidad (aunque con seguridad el autor consideraba implícitas en estas expresiones a las culturas afroamericanas, no obstante, no

las incluye explícitamente). Además, haciendo alusión a una crítica con rasgos marxistas, que desde Latinoamérica critica la fase imperialista del capitalismo (al que Marx consideró como condición para el advenimiento del socialismo), el autor aclara que es metodológicamente necesario mantenerse fieles a las condiciones históricas desde donde se realiza la crítica. El filósofo cordobés apunta a llevar a cabo reconstrucciones hermenéuticas de los sentidos y significados propios de los acontecimientos históricos latinoamericanos, a fin de que podamos enfrentar el futuro desde el reconocimiento de la dimensión normativa que se encuentra presente y en acción en las muy diversas relaciones sociales conformadas (históricamente) en la actual América Latina.

A partir de estos supuestos, Ortiz realiza una deconstrucción histórica a lo largo de la obra acerca de la manera como se ha dado la modernidad en el “Nuevo Continente”. Los artículos que componen cada capítulo del libro son presentados tal como fueron apareciendo en el proceso de investigación.

Al comienzo hace referencia al pensamiento de Weber sobre la religión y la vinculación que establece entre el calvinismo y el capitalismo para relacionarlo con la modernidad en América Latina. Luego se sumerge en la disputa entre Bartolomé de Las Casas y Sepúlveda acerca del indio y la importancia de esta polémica en la que se vislumbra el comienzo de un nuevo tiempo histórico, la modernidad latinoamericana. A partir de aquí, en los capítulos siguientes analiza la cuestión de la alteridad de América Latina y la problemática de su identidad, así como la actualidad de la discusión acerca de la soberanía de los pueblos en tiempos de independencia, la amenaza permanente de los poderes externos denominados comúnmente como “imperialismos”, el rol que ha tenido –y tiene– la Iglesia Católica en su relación (muchas veces poco feliz) con los Estados y el vínculo entre las revoluciones independentistas con la Ilustración y el iusnaturalismo europeos. En los últimos capítulos, las temáticas rondan en torno a la noción de modernidad latinoamericana propiamente dicha, al cambio social (el autor reflexiona aquí desde la interpretación y perspectiva de Gino Germani en relación con Weber y Habermas), al abordaje sociológico en América Latina (su historia y la conciencia de nuestra identidad), a la política, la democracia y la participación ciudadana, para concluir con un texto en homenaje a Juan Carlos Scannone, al que denominó: “¿Existe un modo latinoamericano de hacer filosofía?”

El conjunto de los artículos recopilados en este libro nos introduce en una problemática que, sin ser novedosa, encierra una complejidad de tal magnitud, que se actualiza y renueva en cada discusión. El aporte que Gustavo Ortiz ha hecho al pensamiento filosófico latinoamericano resulta indiscutible. Sus investigaciones y reflexiones a partir de filósofos actuales de un lado y del otro del océano, nos previene de caer en extremismos inútiles y reductivos. El presente texto, en particular, es un ejemplo de tanto esfuerzo de un pensador latinoamericano, que con honestidad intelectual ha reflexionado sobre nuestra realidad, y lo ha hecho con compromiso, buscando realizar un aporte significativo para el *pensamiento* y la *acción* de las próximas generaciones. Ese ha sido su principal legado.